

Domingo de la Santísima Trinidad. Ciclo B.

“Misterio de Dios, Uno y Trino”.

El domingo pasado concluíamos el tiempo de Pascua; y a lo largo de los 50 días que ha durado hemos celebrado 3 fiestas importantes:

Domingo de Pascua: el Padre resucita a su Hijo.

Domingo de la Ascensión: el Hijo triunfa sobre la muerte y asciende al cielo.

Domingo de Pentecostés: el Espíritu Santo desciende sobre los apóstoles; comienzo y misión de la Iglesia.

Sin embargo, nos encontramos en este tiempo postpascual con algunas solemnidades que vienen a prolongar la alegría del tiempo de la Pascua. Este es el caso de la celebración de hoy: la **Santísima Trinidad, la celebración del misterio de Dios, uno y trino, donde alabamos y glorificamos al único Dios en quien creemos**, porque *“el Señor es el único Dios..., no hay otro”* (1ª lectura). Ésta es, por tanto, una **fiesta de la fe**, en la que *“adoramos tres Personas distintas, de única naturaleza e iguales en su dignidad”* (prefacio de la misa), solo comprensible desde la fe; por eso le pedimos al Señor que nos conceda *“profesar la fe verdadera, conocer la gloria de la eterna Trinidad y adorar su Unidad todopoderosa”* (oración colecta).

Jesús nos reveló el misterio de Dios, y él mismo mandó a sus discípulos que fueran por el mundo bautizando ***“en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*** (evangelio). Ese mismo **bautismo en el nombre de la Trinidad** es el que hemos recibido, por el cual fuimos constituidos en hijos de Dios y se nos otorgó el don del Espíritu que nos permite exclamar ***“¡Abba! (Padre)”*** (2ª lectura). Por eso, los cristianos, cuando oramos, especialmente en la oración litúrgica, **nos dirigimos a Dios Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo**. Es muy importante cultivar esta actitud contemplativa y orante, para introducirnos en el misterio de Dios. Por eso, hoy celebramos el ***“Día pro Orantibus”***, donde recordamos a los hombres y mujeres de vida contemplativa que se dedican fundamentalmente a la oración y que tan necesarios son para la Iglesia.

Este único Dios en quien creemos, es el que a lo largo de la historia de la salvación ha realizado obras admirables a favor de su pueblo; es el Dios que se ha hecho definitivamente cercano a los hombres en Jesucristo, y es el Dios que con el don de su Espíritu nos empuja, alienta y sostiene en el camino de la vida y de la fe. Esta es, por tanto, nuestra fe, la ***“fe en la Trinidad santa y eterna”*** (oración postcomunión), la fe en este Dios a la vez misterioso y cercano a los hombres.

Es interesante y ¡bueno! meditar y reflexionar la **2ª catequesis preparatoria del V Encuentro mundial de la familias** a realizar en Valencia en el mes de julio, y dedicada a Dios Uno y Trino. Nos dice así:

“1. El Misterio de Dios Uno y Trino se encuentra en el mismo centro de la familia cristiana. Los padres van transmitiendo a los hijos esta verdad central de su fe, a medida que los incorporan a la vida de familia.

2. Dios es "el que es" y "Dios es amor". Estos dos nombres están tan inefablemente unidos que manifiestan la misma esencia divina, que está sobre toda inteligencia creada. Por eso, solo Dios puede otorgarnos un conocimiento recto y pleno de Sí mismo, revelándose como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta vida divina la participamos ya, por la fe de modo incoado en la tierra, y después, de modo pleno y por la visión de Dios, en la vida eterna.

3. Gracias a la Revelación, podemos profesar que Dios Padre en toda la eternidad engendra al Hijo, que el Hijo es engendrado y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como Amor sempiterno de ambos. Las tres Personas divinas, por tanto, son eternas e iguales entre sí; así mismo la vida y felicidad de Dios es participada totalmente por cada una de ellas y, en consecuencia, siempre es necesario venerar la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad.

4. Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, nos ha revelado este Misterio, en el que se nos manifiesta el plan de Dios, es decir: que todos nosotros participamos -como hijos- en la comunión de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

5. El mismo Jesucristo sugiere una cierta semejanza entre las Personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad, cuando ruega al Padre que "todos sean uno como nosotros también somos uno" (Jn 17, 21-22). Esta semejanza muestra que el hombre no puede

encontrar su propia plenitud si no es en la entrega de sí mismo a los demás. Esta semejanza con Dios, por la autoentrega, la unidad y el amor, es la perfección de la familia.

6. El matrimonio, que implica una entrega total de los esposos entre sí y de los padres para con los hijos, es, por ello, un perfecto reflejo de la comunión trinitaria. Por eso, la dinámica de la vida en familia ha de manifestar esta unión íntima entre las Personas divinas.

7. Toda invocación, pues, a la Santísima Trinidad en familia, ha de llevar a todos sus miembros a renovar los lazos de comunión entre ellos y a una más generosa comunicación de sus dones a otras familias. (Pontificio Consejo para la Familia. Archidiócesis de Valencia." (Catequesis preparatorias para el quinto encuentro mundial de las familias", pp. 39-41).

Creer en la Trinidad no significa resolver un problema teológico sino **vivir la relación de amor que hay entre nosotros y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo:**

- Vivimos ante el Padre sabiendo que Él es el Engendrador (Creador), que de Él venimos y hacia Él vamos.
- Vivimos unidos a nuestro Hermano mayor y Salvador, Jesús (Redentor).
- Vivimos penetrados del Espíritu, el gran don que ha derramado el Padre y el Hijo en nosotros (Santificador).

*Que nuestra actitud ante Dios-Trinidad
sea de silencio, de adoración y de alabanza
por las grandes obras que ha hecho
por nosotros, los hombres.*

Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.